

Prende la luz

Lina María Sánchez Betancourt

Facultad de Artes y Humanidades

Departamento de Humanidades y Literatura

Prende la luz

Lina María Sánchez Betancourt

Monografía de grado para optar al título de literata

Dirigida por

Carolina Sanín

Universidad de los Andes

Facultad de Artes y Humanidades

Departamento de Humanidades y Literatura

Bogotá

2013

Disección o Formas de ver el mundo

Traje mis guantes de nitrilo, que son más fuertes que los de látex y que vienen de colores. Los míos son azules y me quedan grandes. Me los jalo con fuerza para que me queden más justos. Desde que entré a este curso he esperado el día de la disección. Lo anoté en mi calendario, lo subrayé con dos líneas rojas paralelas. La mayoría de los niños no quiere diseccionar porque la disección les asusta o porque les da asco. En este colegio no dan ratas vivas sino unas ya muertas porque para los educadores del país es inmoral abrir seres vivos. Pero la disección de cadáveres no deja ver el movimiento de la vida: el corazón latiendo atolondrado por la anestesia, los pulmones respirando bajito, el hígado produciendo bilis. La disección es pura vitalidad, pero abrir cadáveres me parece algo así como un trabajo de sepulturero.

Siempre me he interesado en saber qué hay dentro de nosotros. Por eso voy a la carnicería con mamá y le pregunto qué músculos de la vaca o del cerdo va a comprar y miro detalladamente la forma en la que los cortan y los pesan. El carnicero tiene una voz dura pero corta la carne suavemente. Se lava las manos antes y después de cortar y lava también los cuchillos. Los mira a contraluz para ver su brillo. Su bata está siempre salpicada de sangre y de pedacitos de carne.

Me gustan las patas y las garras con las que los pollos escavan la tierra, y me gustan sus picos que regurgitan comida para sus polluelos. Las patas y los picos tienen una textura dura, que no puede cortarse con el cuchillo del carnicero. Pero de todos los animales el que más me gusta es el cerdo. Cuando íbamos a la finca donde vivía mi abuelo iba hasta la marranera a tocar sus pieles duras con pelos gruesos. Hacía dibujos con mis dedos sobre su piel sucia y

los miraba con ternura porque sabía que estaban ahí para morir. Para morir y nada más. Me gustaba sentir cómo les latía el corazón y les dibujaba los riñones el lomo con un marcador azul como un cirujano experimentado. Los cerdos son mis preferidos sobre todo por sus curvas: el hocico cilíndrico, la panza regordeta, las pezuñas circulares y hasta la curvatura de la punta de las orejas.

Nos entregaron una rata muerta a cada uno. La mía era gris y gordota. La coloqué con cuidado sobre la tabla de disección verde y sujeté sus extremidades con el hilo acordonado. Le miré los ojos. Habían perdido brillo. Se veían opacos y negros, desorbitados, mirando hacia un lugar que yo no conocía pero que conocería pronto, pronto, cuando la abriera por fin y rasgara sus carnes. La nariz estaba seca y empezaba a volverse morada. Los dos dientes frontales apretaban la lengua salida contra la mandíbula inferior, muy tiesa, haciendo huequitos en la lengua. Los anillos de la cola alargada eran cada uno de dimensiones menores al anterior, hasta que llegaban a la punta de la cola y formaban una espiral, como una galaxia que se contrae para luego explotar en la materia negra del universo. Ni las patas ni la cola tenían pelo. Los dedos pequeños de uñas pequeñas me daban la impresión de agilidad.

Tenía rasurado el abdomen para que le hiciéramos el corte vertical. La piel áspera y seca hizo que me diera cuenta de que había estado muerta desde hace mucho, conservada en formol barato. Sin escuchar la ordenes lentas de la profesora cogí el bisturí y con suavidad dividí la rata en dos, abriéndola por la línea media ventral. Sólo pude abrir la piel rosada. Necesitaba imprimirle más fuerza a mi herramienta punzante hasta separar los músculos y la grasa de las entrañas. Con las pinzas empecé a degollarla, a quitarle la piel del lado izquierdo para separarla del músculo abdominal. Y luego con el derecho. Al fin, en su olor penetrante de muerte y formol, llegué al músculo abdominal limpio, sin piel, con el color rojo de la muerte de hace muchos días, conservada para mí.

Pablo, el niño que nunca se me separa y que siempre está pendiente de lo que hago y que me sigue como perro faldero, me dio un codazo y me dijo «espérate, que aún no han dado la orden de abrir la ratita». Su manía de hacer diminutivo todo en su mundo me fastidiaba tanto como su voz que estaba a punto de hacerse gruesa. Levanté la mirada para detallar a mis compañeros y a la profesora que estaba en frente de todos, de guantes blancos y de bata, y que decía “y para poder llegar al músculo abdominal”. La oía pero lejos, como si estuviera a miles de metros de distancia. Todos mis compañeros sujetaban la rata de la misma forma y al mismo tiempo. Como carniceros cogían el bisturí y comenzaban a cortar desde lo más alto de la cavidad torácica hasta el abdomen bajo, llegando casi a los genitales. Y aún cuando todos parecían haber comprado el bisturí y los guantes a su propia medida, no faltó el que forzó tanto su mano que terminó por cortarle hasta los órganos. Ese era Pedro. Era muy torpe y sus padres debieron pedir permiso para que le dejaran hacer el proyecto porque la profesora pensaba que era muy arriesgado para su salud física y mental. Pedro abría la rata con fuerza, cogiendo el bisturí con el puño cerrado y cortando hacia sí. Pedazos de carne y riñones y páncreas volaron por el aire. Él se veía feliz. Y esa carnicería salpicó a sus compañeros de los lados. María, una niña que era asquenta hasta de su propia saliva, intentó vomitar. Pero el asco por su cuerpo no le permitía dejar salir el vómito, entonces se le llenaban las mejillas de éste y se lo volvía a tragar, y así muchas veces hasta que se calmó. Salió del salón y no pudo seguir haciendo la disección. Pablo seguía las direcciones de la profesora como un tonto. Lo vi tan emocionado, más por seguir las ordenes de la profesora que por el proceso. Los otros compañeros parecían anestesiados. Cuando Pedro hizo su carnicería sólo se rieron, pero sobre todo porque la boba de María no podía escupir el vómito.

Después de muchos días encontré una rata muerta en la calle. Para ir al colegio me recoge una ruta a dos cuadras de mi casa. Y ese día después de bajarme de la ruta y justo antes de cruzar la calle y llegar a mi casa, encontré la rata. Estaba muy muerta, amarilla

verde, llena de gusanos de mosca. Por estos lados de la ciudad no se ven muchas ratas. De pronto, quizás, tal vez, por la noche, pero no en plena tarde. Y pienso que estaba ahí porque nadie la había querido levantar. La husmeé como husmean los perros la carne que luego se comen. Los hocicos van de un lado para otro e inhalan, inhalan, y ya cuando exhalan es porque están listos para comer. A la rata se le veían los ojos aguados, muy rojos, igual que el pelo que los rodeaba. La detallé un momento y recordé el experimento de clase y me sentí triste porque yo quería ver una rata viva.

Así busqué una rata en el laboratorio del colegio antes de que las mataran y las conservaran en formol. Me llevé una a la casa junto con un frasco de anestesia y una jeringa. Decidí que era mejor una de laboratorio porque estas no tienen tantas enfermedades como la rata de los gusanos de mosca que me encontré en la calle. Y en secreto la guardé en una caja hasta cuando ya era muy de noche y todos dormían. Esterilicé dos cuchillos de la casa y un tenedor para usarlos como pinzas. En mi habitación la anestesié y la amarré como había hecho con la rata del colegio. La abrí, dividí sus carnes suavemente. Llegué hasta el músculo diafragmático y lo corté, al igual que las costillas, para dejar la cavidad torácica descubierta. Y encontré sus órganos abdominales moviéndose, las glándulas del sistema endocrino funcionando, el corazón latiendo y los nervios anestesiados.

La diseccioné con el mismo cariño con el que había abierto la del colegio. Pero esta le puse anestesia, y sólo llegué al corte de la línea media ventral, porque quería que se recuperara del procedimiento. Ahora está sana, ya le quité los hilos de la sutura y se llama “Borracho”, aunque es una hembra.

Todos somos amigos

A veces pasa que a papá lo pintan con el maquillaje de mamá. Abren las latas y destapan las botellas y comienzan a tomárselas. Al principio están tranquilos, pero luego se ríen y se ríen y el agua de las botellas y de las latas se les empieza a regar por la boca y se manchan las camisas y la boca, y se limpian con la manga. Pablo si no: él se limpia con una servilleta que le pasa mamá siempre que él va. A mí y a Juan nos gusta mucho que venga porque nos trae dulces y porque mi mamá le sonrío mucho. Pero a veces mi papá empieza a gritar y gritar y a golpear las puertas. Ahí es cuando mamá va a la cocina y ya no se ve más. Cuando los amigos de papá vienen a la casa mi mamá se la pasa en la cocina todo el día preparando comida para ellos. Y también les levanta la basura y las botellas y las latas, y mi papá la regaña y le dice que se vaya para otra parte o que se mate. Pero sus amigos a mi mamá la quieren mucho y entonces a veces hablan con ella y ella se ríe y eso me gusta: mi mamá casi nunca se ríe. Recuerdo una vez en que jugábamos yo y Juan y mi mamá con un perro que tuvimos y todos reíamos y nos dolía la panza porque no podíamos dejar de reír. Fue para ese tiempo en que mi papá había conseguido un nuevo trabajo y ya casi sus amigos no venían a la casa, solo Pablo, y él no abría latas ni botellas, y comíamos carne todos los días y huevos y leche al desayuno. También íbamos a comer en restaurantes y pedíamos jugo de mandarina y crema de tomate. Todos fuimos muy felices. Mi mamá prendía la radio y meneaba la escoba con ritmo y cantaba como una estrella. Pero eso no duró mucho.

Cuando vienen los amigos de papá Juan se encierra en el cuarto y no me habla ni quiere jugar conmigo. Él no los quiere. Sólo quiere a Pablo porque nos trae dulces y porque se limpia con decencia y porque nunca queda borracho y se va antes de la medianoche y porque hace sonreír a mamá. Yo a veces saludo a los amigos de papá y ellos me saludan y me sientan en sus piernas. Pero papá se molesta y me lleva de la mano hasta la puerta de mi cuarto, y ya

cuando no nos pueden ver me lanza con fuerza a la habitación, me mira con odio, cierra la puerta y me señala con el dedo. Yo creo que papá está lleno de rabia y por eso mató a patadas a nuestro perro Tol cuando se le orinó en el zapato. Pero mi papá nunca me ha pegado, ni a Juan ni a mamá tampoco. Sólo nos señala con el dedo y aprieta los dientes y nos los muestra, como si fuera un perro con rabia. Por eso yo creo que papá está enfermo de rabia. Una vez él regañó muy fuerte a Juan porque coleccionaba caracoles y los llevaba a la casa. Entonces papá, después del regaño, comenzó a saltar sobre los caracoles. Juan lloraba y lloraba y eso hizo que papá se pusiera más bravo y que le dijera que tenía que ser fuerte porque parecía tan debilucho como una niña. Pero yo soy una niña y soy fuerte, fuerte.

Una vez le dije a mamá que quería quedarme con los amigos de papá y que quería destapar latas y reírme y que papá no quería. Ella me dijo que me quedara quietecita y que no hablara muy duro ni hiciera ruido porque se pondrían todos bravos conmigo. Pero sé que es mentira porque los amigos de papá me quieren y a veces me llaman para que me sienten en sus piernas.

La otra vez a mi papá lo pintaron con el maquillaje de mamá. Estaba borracho, que es algo así como que los ojos se les tuercen a las personas y ellas no pueden hablar bien y se tumban en cualquier parte. A veces vomitan en el baño. A veces no alcanzan el baño y vomitan en el suelo y mi mamá corre a limpiar y ellos se ríen. A mi papá le gusta jugar póker, que es un juego donde la gente tiene que poner cara seria y mirar dos cartas que no le pueden mostrar a nadie a nadie porque pierden. Mi papá casi nunca gana nada, de pronto porque siempre se le tuercen los ojos y no puede ni hablar ni mantenerse. Y al otro día mi mamá llora y le dice a papá que ya no hay huevos y que no juegue póker y que no juegue. Pero a mi papá le gusta mucho el póker, así como a mí me gustan las películas y a Juan los caracoles. Es inevitable, inevitable, como dice Juan. Juan dice que es inevitable que él odie a los amigos de papá. Yo le digo que eso de odiar está mal y que ellos son buenos. Juan es menor que yo y

debe hacer lo que yo digo y pensar lo que yo pienso, porque yo soy mayor y como dice mi mamá yo tengo más experiencia.

Yo no sé porqué Juan sabe cosas rara. Mamá se ríe cuando él dice hay letras mayúsculas y menúsculas y que el nombre de papá se escribe con menúsculas, y que se escribe JUAN, así, con mayúsculas. Me acuerdo que cuando Juan una vez se puso a cantar una canción triste que era *hello, is there anybody in there? Just nod if you can hear me. Is there anyone home?* mamá se rió y papá le dijo que no cantara eso que él no entendía lo que estaba diciendo y que mejor consiguiera amigos. Yo me aprendí la canción y así yo y Juan nos encerábamos en mi cuarto a cantar bajito bajito para que nadie nos oyera.

Un día a mi papá lo pintaron con maquillaje y todos se rieron. Estaban jugando póker y bebiendo de sus latas. La otra vez mi papá se había caído sobre la mesa y la había roto, así que mamá le quitó todas las patas y quedó una tabla sobre el suelo. Mamá dijo que estaban muy de moda las cosas pegadas al suelo. A mi papá se le rompió una mano y en el trabajo le dieron unos días libres. Él no dijo que se había caído porque estaba borracho sino porque estaba jugando baloncesto con nosotros, pero ni siquiera tenemos balón de baloncesto en la casa. Cuando fuimos al médico le dijeron que no podía tomar alcohol pero mi papá no hizo caso.

Su trabajo era divertido. Ahora es aburrido y peligroso: a veces llega con las manos cortadas. Arregla relojes y electrodomésticos pero con máquinas. Cuando trabajaba con Pablo hacía los relojes con las manos. Usaba unas gafas grandísimas, como lupas, y unas herramientas chiquitas. Antes hacía relojes pequeños, de los que se llevan en el bolsillo o en la muñeca. Ahora hace relojes grandes, de los que se cuelgan en las paredes o de los que despiertan a la gente por la mañana.

Una vez le pintaron la boca a mi papá con el lápiz labial de mi mamá. Todos nos reímos. Yo estaba con Juan viendo televisión en el cuarto. Oímos unas risas muy fuertes y nos

fuimos a la sala a ver qué pasaba. Todos reían, hasta mamá, al ver que mi papá estaba todo pintado. Mamá sólo reía cuando estaban los amigos de papá y gritaba muy duro. No sé cómo creían que se reía. Ella no reía sino que gritaba. Cuando se iban de la casa ponía cara seria y no nos hablaba. A Juan no le importaba, a Juan no le importa nada. A veces creo que sólo le importan los caracoles y Pablo. Pero Pablo ya casi no viene. Eso fue porque una vez a mi papá se le torcieron los ojos y comenzó a golpearlo durísimo. Pablo se defendía como podía pero, con lo delgado que es él y con lo gordo que es papá, era seguro que iba a perder. Fue muy divertido, a pesar de que Pablo y papá terminaron con la cara rota. Yo y Juan los veíamos desde el corredor, arrimados en la puerta. Juan narraba como si el escenario fuera un ring de boxeo, algo así como: «y bum, izquierda de Pablo contra el borracho, y bum, derecha de Pablo contra el borracho. Pero no, no, el borracho se defiende y le manda una patada en la cara. Pablo parece vencido en el suelo, pero no, se levanta, se levanta señoras y señores, se levanta». Lo triste fue que Pablo perdió porque papá le cayó encima de lo borracho que estaba, y papá no se levantó sino que se le vomitó encima y Pablo, debajo de tanto peso, no pudo hacer nada. Cuando Pablo nos visita no está papá. Papá trabaja todo el día. Pablo viene a almorzar a veces y nos trae dulces y mamá le sonrío.

A papá lo pintaron con el maquillaje de mamá. Yo también me reí esa vez porque se veía como tonto. Todos sus amigos se rieron. Pablo no estaba. Yo le conté unos días después pero se guardó la risa y sólo sonrío. Papá tenía las cejas pintadas, y por encimita de los párpados lo pintaron con azul. Le pusieron polvos rojos en las mejillas y labial rojo. Le dibujaron como unas líneas curvas en los ojos, hacia fuera, hacia las orejas. Parecía una china. Todos rieron. Mi mamá también rió. Y Juan rió estrujando un muñeco entre las manos. Mi papá fue el centro de atención esa noche. Al otro día mi papá se levantó todo pintado y se rió de sí y dijo que parecía una loca y ahí sí que me dio risa. Entonces planeé mi espectáculo porque siempre he querido ser actriz, y si me salía bien podía demostrarle a papá que las

actrices divierten a la gente, no sólo en la cama, como dice él. Creo que fue un viernes, pero no puedo estar segura porque los amigos de papá vienen desde los jueves hasta los domingos y a veces los miércoles o martes, depende. Cuando ellos vienen todos los días son iguales, todos los días se parecen a los otros días. Y cuando no vienen también, porque mamá se la pasa gruñendo en la cocina y a papá le da rabia.

El otro fin de semana vinieron los amigos de papá a la casa. Llamé a Juan y le dije que nos disfrazaríamos porque a todos les daría mucha risa. Entonces nos encerramos en el cuarto de papá y mamá. Yo me puse la ropa de Juan, sus pantalones y sus camisetas, aunque me quedaban un poco pequeñas. Me amarré el pelo y me puse una gorra. Y maquillé a Juan como habían pintado a papá la otra noche, y le puse collares de mamá y mi vestido morado hecho a mano. Ambos nos miramos al espejo: nos veíamos muy bien. Todo combinaba con nuestros ojos y nuestro pelo, y sonreímos. Nos cogimos de la mano, salimos del cuarto y caminamos por el corredor como estrellas de cine, sonriendo y mandando besos hasta que llegamos al frente de la sala, donde estaban los amigos de papá que se estaban riendo. A penas nos vieron se callaron. Los ojos les vibraban: miraron aterrados a papá, se miraron entre ellos. También nos miraron pero muy poco: sus ojos pasaban por nosotros para luego clavarse en el suelo o en el techo. Se rascaron las cabezas como si tuvieran piojos. Mi papá se puso muy bravo y nos mostró los dientes como cuando le da rabia, así que yo y Juan salimos corriendo al cuarto dando gritos. Papá nos siguió despacio y sin hacer ruido. Cuando llegó hasta nosotros, que estábamos acurrucados al lado de la cama, nos ordenó que los levantáramos y nos comenzó a romper la ropa a pedazos con las manos. ¿Qué significa todo esto? Gritaba con rabia.

C – Celéritās

Le dije gracias y me despedí agitando la mano por encima de la cabeza cuando estaba ya de espaldas. En ese momento me di cuenta de que ese no era un gesto mío y de que lo había visto en el cuerpo de alguien más: el de mi padre.

Seguí caminando bajo el sol después de mi descubrimiento mientras recordaba –o imaginaba– cómo había ejecutado ese gesto ajeno a mis maneras. Me vi desde distintos ángulos sin comprender cómo. Quizá tenga algo que ver con la luz, o con que el recuerdo se me aparece como una fotografía.

Primero me figuré ligeramente encorvada y con la cabeza agachada, fijando mi mirada en las baldosas del suelo en un lapso cortísimo, antes de bajar la mano y erguirme completamente. Mis ojos eran los míos, y sentía el movimiento de mi propia mano que bajaba. Después me vi de espaldas, como si mis ojos fueran los del hombre del que me despedía. Y, metida en ese hombre, sentí lo que sentía cuando mi padre se despedía de mí apresuradamente, como si alguien lo estuviera esperando en otra parte.

En aquel gesto sencillo de despedida estuve lejos de mi cuerpo, vi mi espalda dibujada por la luz de la tarde, y casi pude detallar las oscuridades en los pliegues de mi chaqueta y la intercalación de los pies, uno tocando el suelo y uno surcando el viento. Cuando recuerdo el gesto no siento cómo mi mano bajaba ni cómo se erguía mi columna. Los ojos que ven mi cuerpo son los ojos de un espectador. A través de ellos pude ver, aunque ligeramente borrosas, a las personas que pasaban alrededor mío. Me parece una foto de un único movimiento: el de mi mano que se zarandeaba sobre mi cabeza. Los demás personajes de la escena están en movimiento: lo sé pero no lo figuro, porque están fugados de ese mismo movimiento, en una quietud mortuoria: sus líneas están corridas, como cuando se anda a altas velocidades en el automóvil y los ojos no alcanzan a detallar las formas sino que la materia se hace líquida, casi gaseosa, y pasa como una ráfaga. O al revés: la imagen me llegó tan rápido

que todo movimiento quedó anulado. Sólo mi imaginación pasaba a una rapidez superlumínica.

El sol de la tarde le daba color a mi pelo y a mis zapatos rojos. Mi espalda estaba agachada, en un giro compensatorio de la maniobra de mi mano sobre la cabeza. Los dedos de la mano izquierda estaban ligeramente doblados y la palma estaba mirando tenuemente detrás de mí –o delante de mí, sea el caso– con los dedos separados y curvos como si estuviera a punto de agarrar algo. Y esta alucinación veloz funciona a la inversa. Pude verme de frente, con la mirada rayando el asfalto, los hombros echados hacia delante en una imponencia impropia de mis maneras, y mi mano, mostrándome los nudillos, zarandeándose. Todo esto ocurrió al mismo tiempo: me vi delante, me vi detrás y por los lados, como si mis ojos de espectador estuvieran en todas partes o viajaran en un rayo de luz.

Y todas estas alucinaciones, desencadenadas por la maniobra de un gesto articulado y ajeno, me llevaron a pensar en la relación que tuve con mi padre desde la infancia. Los recuerdos que había tenido hacia él se empañaron y tergiversaron malévolamente cuando lo vi convalecer. Él ya viejo, en el hospital, sufría de terribles dolores debido a su dependencia por la bebida. Su hígado y su tensión tendían a ser caóticos y de golpe lo caótico enferma. Quería beber hasta alcohol para las heridas. En su debilidad hallé en mí un sentimiento que jamás tuve por él: una lástima inmunda, y me volví la guardiana de su vida. Así, lo llené de cuidados físicos y retorcidamente morales. Mis pensamientos respecto de él también comenzaron su lógica maligna, y con ellos encontré explicaciones para cada una de sus despedidas. Nadie más se ocupó de él. Ni yo misma lo hubiera hecho de no ser porque su debilidad y su agotamiento me animaban a hacerlo. Su falta de poder me llenó de poder a mí, y yo terminé decidiendo cómo podría llevar una mejor calidad de vida. Y eso alentó mi espíritu. Así mi convicción sobre mi autoridad para manejar la vida de mi padre, a manera de caridad con los discapacitados y huérfanos, apareció ante mí como una espada desenvainada.

Pensé que él iba a morir y me sentí triste. Pero mayor fue mi tristeza cuando lo vi lentamente volver a incorporarse y cuando supe que volvería a llenar mi vida de leyes y mandatos, a los que yo había obedecido sumisamente. Yo ya tenía su tumba escogida, en un pastizal lejos de la puerta, cerca de la pared donde se encuentran las tumbas sin nombres. Pero no era el momento y él volvió a vivir, como si una fuerza vital lo levantara para que pudiera vengarse, para que volviera a ser lo que siempre había sido. Cuando lo vi incorporado, mis sentimientos de nuevo torcieron su rumbo, y yo me hallé presa de la vergüenza de invocar su muerte a través de la madera lacada del ataúd escogido.

Desde ese último evento en que mis sentimientos hacia él se volvieron a tergiversar, nunca más pude hallar explicaciones sus maneras, como lo había hecho cuando lo vi tendido en la cama, quemándose los pulmones con oxígeno. Desde que salió del hospital, los recuerdos que me suscita son todos oscuros, y creo que son aún más oscuros y deformados que los que tenía antes de que estuviera interno.

Entonces comencé a obedecerle con la cabeza más agachada y a cumplir sus órdenes con más afán de lo que alguna vez lo hice, incluso cuando era pequeña y le temía enormemente. Él tenía pleno conocimiento de mis planes para su muerte y eso lo llevó a volverse aún más estricto y duro. Sus mandatos eran cada vez más absurdos. A la vez, mi comportamiento bordeaba cada vez más la irracionalidad. Si me pedía que hiciera la misma tarea tres o cinco veces, yo la hacía cada vez con más esfuerzo y con mayor eficacia. Ya no le temía, como cuando era pequeña. Era otra la motivación de mi sometimiento, aún más certera que el temor.

Y es que a veces me miraba con desesperanza y odio y, mientras más consciente era de hallarse en la senectud, más mísera se delineaba su mirada. Ya ni la fortaleza ni la salud eran un medio para legitimar su autoridad. Nunca supe si era consciente o no de lo que yo sufría cuando me miraba, de lo punzante y material que era su voz cuando me hablaba. Él era como

un ciego que va tocando paredes en su propia y única oscuridad, en su espacio íntimo e infinito. Y su voz, que casi se guardaba para sí porque era difícilmente audible, se amplificaba hacia mí haciéndome partícipe de su oscuridad y su miseria. En el fondo sus maneras me revelaban su objetivo: extinguir mi fuerza arrastrándome hacia su debilidad porque en esa debilidad compartida él era más fuerte que yo. El ciego de tiempo conoce su propia oscuridad y camina firmemente. El que se enceguece de repente anda asustado y atentas en un espacio ajeno. Pero del que con el tiempo se apropia.

A veces, mientras yo realizaba alguna tarea absurda de las suyas, como atarle los zapatos de afuera para adentro y luego de adentro para fuera porque, según él, no decidía cuál era el movimiento correcto de las cosas, recordaba. Una vez me regaló un vestido rosa bordado a mano. Yo debía de rondar los siete u ocho años y desde el momento en que lo vi me desagradó. Lo soporté hasta cuando tenía once. Y recuerdo claramente que fueron once porque para ese cumpleaños lo quemé. Lo quemé hasta que incluso las cenizas esparcidas por el patio, mezcladas con tierra y pasto, no podían dar cuenta de lo que había sido alguna vez ese horrible vestido morado. Sobre todo de aquello que significaba y que había ido cobrando sentido con el paso de los años, tergiversándose con los años. Entre más se hacía lugar dentro de mis pertenencias más lo odiaba y más me desagradaba. Él me obligaba a usarlo. Sin embargo, la obligación era indirecta. Jamás usó palabras tiránicas para obligarme; su sutileza era aún más efectiva: se sentía mal –o así lo aparentaba– y me miraba tristemente –quizá en apariencia–, adjudicándole valor a su buen gesto paternal de comprar cosas para mí. Al fin de cuentas, la manifestación de su amor era ese vestido y en consecuencia la mía era llevarlo puesto. No obstante, esa forma de materialización del amor jamás fue una decisión tomada por ambos, ni remotamente bordeaba mis sentimientos. Hasta que decidí quemarlo. Luego supe que mi amor por él se debatía en otros campos, y aún esos campos en apariencia sólidos e inquebrantables siguieron mutando con el tiempo. Terminé por no saber si era amor lo que

estaba en juego o era una apariencia terca producto de las mutaciones. Sin saber entonces, acepté nuestro amor tal y como se me presentaba. El mundo estaba hecho a esta medida: él me compraba algo porque me amaba y yo lo usaba porque lo amaba a él. No había otra manera. Hasta que cumplí once años.

El día quinto del séptimo mes quemé el vestido. Ya no lo concibo como mi vestido, sino como un vestido ajeno, pero mío al momento de quemarlo. Yo, victimaria que quema el vestido, fui víctima alguna vez de sus telas y fui víctima incluso sabiendo que yo misma era quien me lo ponía. La única acción que parecía ser activa en mi comportamiento de ésta época que narro no provenía de otro lugar que de un esfuerzo por permear mi actividad inconsciente. Entre más pasa el tiempo más tengo aquel recuerdo de la incineración como estandarte, como hecho de liberación. Y entre más pasa el tiempo me lo figuro como si entonces hubiera sido consciente del acto libertario al que acudía con fiereza y valentía. Pero, pensándolo lejos de la emoción que me suscita, sé que fue sencillamente mecánico, infantilmente vandálico. Lo hice sin consciencia y fue, en efecto, menos grandioso de lo que me lo figuro actualmente. Y a pesar de tener la total certeza de que aquel acto no tuvo la grandeza que le adjudico racionalmente, difícilmente puedo concebirlo de manera diferente de grandeza. Mientras los invitados correteaban por el parque y por la casa en un frenesí imparable, saqué el vestido, en un ataque parecido a una borrachera y, detrás de un árbol le eché alcohol y le mandé un fósforo con violencia. Y ardió. Una amiga llegó y lo vio arder conmigo, y nos tomamos de la mano mientras reíamos. Tuve la suerte de contar con un espacio amplio, en el que estaban las carnes al carbón quemándose también, por lo que nadie se percató del olor del vestido quemado.

Me sobresalté el día en que mi padre, después de salir del hospital, llegó a su casa y quemó también las pijamas que yo le había comprado cuando estaba interno. No sé. No sé.

Quizás todo tuvo que ver con que quería borrar de sus pertenencias cualquier el rastro de la enfermedad. Pero la enfermedad siempre lo persiguió.

En experimentación

Me tomé una copa de vino que cayó sobre mí como una tempestad. Era tarde y ya sólo los perros vagabundos transitaban por las calles irradiadas por la indigesta luz de los faros públicos. Los árboles, cuyas hojas se movían al ritmo único de la lluvia, se me hacían insolentes. Junto al árbol más alto que da hacia mi ventana estaba mi vecino escampando de la lluvia de la mano de su hijo pequeño y revoltoso, mirándome fijamente, sonriendo y batiendo las manos, como saludándome con cariño. Hubiera sido un gesto gratificante para cualquier otro vecino, menos para mí. Me invadió el terror: el chico me transmitía una maldad instintiva. Yo algo malévolo presentía. Cerré la cortina y engullí otro vaso de vino como si de él me nutriera.

Nunca volví a mencionar la maldad frívola que me transmitía el pequeño desde que se lo comenté un día a mi vecina. Ella decía que eran inventos míos, me insinuaba alguna conversación que habíamos tenido sobre el chico pero que yo no recordaba, y manifestaba con su voz blanda: “como te lo he dicho varias veces, Raúl”. Me apenaba preguntar qué era lo que me había dicho tantas veces seguramente porque cuando me decía “como te he dicho varias veces, Raúl” echaba la cara para atrás y volteaba los ojos, como si estuviera cansada de repetírmelo pero como si algo la moviera a seguírmelo repitiendo hasta que yo pudiera recordarlo todo.

El hombre y su hijo a veces se ausentaban meses o años. En su ausencia yo sentía mi alma tranquila, en la meditación más sumisa. Pero cuando volvían se me agitaba el pecho y sólo las venas podían transportar sangre por mi cuerpo. El corazón, entonces, me latía aceleradamente en un esfuerzo por explotar.

Un día me di cuenta de que el niño no crecía. Habían pasado unos meses desde su última estadía en este edificio. No supe que habían llegado sino hasta la cuarta semana de haberse hospedado aquí, debajo mío, aprisionándome contra el suelo. Tengo el presentimiento de que los vi antes, pero de que lo había olvidado muy a mi voluntad. Me encontré al niño y al padre en el ascensor y después de los saludos cordiales me di cuenta de que aquel niño que conocía hace años me seguía llegando hasta por debajo del hombro. Su cara infantil no había cambiado: seguía teniendo la seductora mirada de un niño revoltoso.

Me asusté hasta el punto de tenérselo que contar a Juana. Juana y yo no hablamos más que para hacernos saber que seguimos vivos. En las noches susurramos algo y, aunque apretados en la cama, dormimos plácidamente, como si estuviéramos solos en el mundo. Cuando Juana terminó de oírme se echó a reír para luego decirme “no recuerdas, ¿verdad?”. Y la verdad es que cada vez recordaba menos.

En la puerta del edificio me encontré a Juan, el niño malvado. Al verme se rió, y se rió aún más cuando le pregunté espantado que por qué tenía barba. ¡El niño no crecía pero sí le crecía barba! Y entonces comenzó a cantar: “te curaré, te curaré, te curaré”. Sus palabras llegaron a mí como una sentencia en estribillo.

Después me lo volví a encontrar en las escaleras, una noche oscurísima como las cosas que no se deberían callar. Cuando ya estuvimos a solas me cogió la mano y me la pasó por la cara, para que sintiera lo áspero de su barba finamente cortada. No sé por qué no lo detuve, no sé cuál fue el impulso que me dejó sumiso ante sus maneras. La mano bajó por su cuerpo

infantil para que me diera cuenta de lo varonil y adulto que era. Me miró, torció los ojos y jadeó como si con el roce de mi mano sujeta por la suya alcanzara el clímax.

Él buscaba exaltar en mí un sentimiento oscuro y vital. Lo sentía venirse. Corría por mis venas sangre nueva y oxigenada, como si ese gesto del niño me nutriera y me inyectara vida. Me temblaron las piernas. No sólo sentía que brotaba desde mis pies algo parecido a la primavera sino que a la vez sentía que desde la cabeza me bajaba un frío mortuorio. Esos sentimientos contrarios chocaban en mi pecho palpitante, sístole, diástole, sístole, diástole, sístole. Y sentía que me quedaría en el sístole, sístole, sístole, diástole, diástole, diástole y moriría. Algo murió en mí. Cuando quitó mi mano temblorosa de su piel, resurgí, y me llené de vergüenza y de odio hacia él, y de un terrible miedo.

Entonces me levantaba sudando, respirando a gritos. Mis ojos se abrían como preparándose para un infarto, pero surgía en mí una erección profunda y larga. No dejaba de ser extraño aquel renacer de mi vida sexual, ya que hacía tiempo mis impulsos sexuales se habían desgastado hasta corromperse y volverse inútiles. Ya no sentía ninguna atracción hacia Juana, y Juana era para mí todas las mujeres, o cualquiera de ellas.

El padre y el hijo volvieron a ausentarse un tiempo. Pasaron tres o cuatro meses en que su ausencia me oprimía el pecho haciéndome sentir un chiquillo enamorado. Mi pecho, a la vez, era oprimido por el miedo y la vergüenza.

Me encontré después a la vecina y al niño en frente del edificio. Era una tarde de viento tumultuoso. Llegué hasta su lado y los saludé. El niño se fue y mi vecina subió conmigo en el ascensor. Y ahí recordé, como si hubiera sido un dejavu. Quizás se repitieron tanto los hechos que pude recordarlos. O quizás los había olvidado voluntariamente, como quien se despoja de algo que le hace estorbo, y los recordé de golpe porque los necesitaba. El niño tenía un problema de crecimiento y se ausentaba con su padre para ir al médico a tediosas terapias. Lo único que lograron durante sus largos viajes fue el crecimiento de sus vellosidades. El chico

tendría unos veintisiete. Ya no lo podrían curar, pero él me quería curar a mí. Y no sólo quería curarme, sino que me usó como sujeto de experimentación. Me usó para un experimento sin conclusiones. Pero a mí no me pueden curar. Mis arterias están llenas de cosas oscuras y mis venas se esfuerzan por llevar a mi corazón sangre corrupta. Aquí espero, con la paciencia que me da la vida, a que mi corazón estalle.

Música para mis heridas¹

Legato

La primera vez que me enamoré tenía puesto un pantalón blanco. Usaba pantalones blancos cuando presentía que iba a hacer mucho sol. El día que me enamoré hubo una mañana de sol calcinante. El día que me enamoré me empapó la lluvia de la tarde. Después me caí en un charco. El charco ensució tanto mis pantalones que nunca más volvieron a ser blancos.

Marcato

Paulina tenía un nombre horrendo. Paulina es un nombre para pisar arañas.

Staccato

Paulina tenía los ojos grandes. Los ojos de Paulina iban a estallar.

Portato

Cuando decidí que me había enamorado comencé a practicar más el arpa. Practiqué tanto que los callos de las yemas de los dedos me borraron las huellas dactilares. A Paulina le gustaban los instrumentos de cuerda. Supe que su novio había sido guitarrista.

¹ Léase también pensando en la Teoría de Cuerdas M.

Marccato

Yo tocaba piezas de Listz.

Staccato

Él tocaba sólo en do mayor.

Marccato

Cuando me di cuenta de que Paulina era tan horrenda como su nombre me enamoré más

Legato

y comencé a aprender a tocar la guitarra para conquistarla. En poco tiempo tocaba flamenco y metal con destreza. No pasó mucho para que ella se interesara en mi música.

Staccato

A Paulina se le estallaron los ojos.

Marccato

Paulina quedó sorda cuando tenía diez-y-seis.

Portato

Cuando Paulina quedó sorda dejó de interesarse por cualquier manifestación musical, pero yo le enseñé a sentir las vibraciones de las cuerdas del arpa. Practiqué lo suficiente hasta que no sonaron los pedales sino sólo la vibración de las cuerdas. Y entonces cogí las manos de Paulina y las puse sobre la madera del arpa y toqué.

Tenuto

Pero la atracción que al principio sintió Paulina por mi música fue siendo débil, debilísima.

Marccato

Con el tiempo Paulina se me hizo parecida a un fa doblesostenido. Y la amé con la cura.

Crescendo

Llegó un punto en que yo sólo podía tocar cuerdas abiertas. La fuerza que le imprimía al objeto, sin embargo, se volvió supersimétrica respecto del objeto en-sí. Ya yo podía diferenciar entre las cuerdas con movimiento derecho y con movimiento izquierdo. No obstante, mi propósito era llegar hasta donde sólo existiera la fuerza imprimida sin el objeto y que aún así, sin el objeto, se oyera música. Es decir que la fuerza en-sí me permitiera crear música.

Staccato

Pero para eso primero tenía que aprender a tocar con cuerdas cerradas.

Portato

Comencé a entender la música desde que en el vientre materno entendí qué significaba llevar el ritmo y también qué era un crescendo. En el transcurso de mi vida entendí que la música trabaja con frecuencias, igual que el ritmo cardiaco y que la luz. Desde el vientre supe también que la voz de mi madre estaba lejos de oírse en una ópera.

Decrescendo

La historia va a que, alguna vez, un señor o señora disfrazada de señor o con nombre de señor (es cuestión de ética, estética y época) desafinó un piano.

Calderón

Conquisté a Paulina cuando presenté mi primera ópera, Gravitrón. Sólo éramos instrumentos de cuerda: arpa, violín, viola, chelo, bajo y, como para no perder la costumbre, había un piano, casi inútil por las teclas, utilísimo por las cuerdas. Estábamos en reposo y aún así, la música fluía sobre un rayo de luz.

Crescendo

Paulina me amaba más de lo que se amaba así, misma.

Staccato

El amor de Paulina abrió unas cuerdas de mi arpa.

Marccato – Taquión

Éramos las energías: el arpa de cuerdas cerradas y abiertas.

Calderón brana en descreccendo

Paulina se casó con un do mayor que dejó la música para trabajar en una fábrica de aceite.

El pasajero

I

Una mujer se subió al bus. Hablaba cacofónicamente, como si estuviera cantando un rap. Tomó un rato hasta a llegar a mí, a todos. Oía sus zapatos arrastrarse por el fuelle y oía también su voz acercándose. De lejos, parecía una voz marginada por una oligarquía. De lejos, parecía ser la voz de la tristezas más grande, ahogada en la angustia más profunda. Una voz de alguien que huye, que se cansa; una voz de alguien cuya carótida funciona a medias. De ahí que me figurara su voz como un rap. Cuando llegó a mí y la vi de frente, me di cuenta de que no se parecía en nada a alguien que sufre. El miedo me desnudaba. Le habría dado todo lo que llevo puesto si se me hubiera acercado a cantarme su rap descompuesto.

II

Se sube una mujer al bus. Lleva ropa mordisqueada por la lluvia que azota esta ciudad mal construida. Me subo las gafas hasta la entreceja. Casi no tiene dientes. Tiene las manos duras y escamosas como la piel de un lagarto. Mira a la distancia con los ojos cansados. Tiene la mirada tan adentro y tan quieta como la de un ciego. Siento su tristeza que sube por las venas de sus piernas hasta su corazón. En estas noches debe sentir tanto frío. Cuando habla

oigo la voz de los mudos, en una melodía insufrible y larga. Siento lo que siento cuando escucho a Chopin. Chopin siempre es el mismo maestro, nunca otro, siempre el del mismo nocturno.

Desde aquí veo su mendicidad y me da miedo. Si en otra época yo hubiera sido un mendigo. ¡Cuánto miedo me hubiera dado pasar las noches escapando de la oscuridad debajo de los puentes! ¡Cuántos crímenes hubiera cometido por conseguir un pedazo de pan duro! ¡Cuántas cosas terribles! Pero es ella quien vive mi temor, y lo vive con dignidad y fiereza. Aquí está, en frente mío, exaltando así mi miedo más íntimo. Pide monedas. Cuando pasa por el lado mío tiemblo como si el espíritu de un niño asustado me hubiera poseído el cuerpo. No puedo ni buscar si tengo monedas. No puedo ni siquiera verla. Me entumezco pensando en su ropa roída por la lluvia, en su pelo corto, cortado como por un hacha sin filo.

Se baja del bus. No ha conseguido ni para el pan duro de mis pesadillas. Sé que esta noche dormiré sin el pan mío.

III

Al bus se sube una mendiga con una gran destreza para contar historias y para testificar. Primero: confirma que no tiene dónde dormir ni en dónde bañarse y eso le sirve como excusa para su olor a carne descompuesta. Segundo: cuenta por qué su esposo murió, igual que sus hijos, el perro y la rata que mordisqueaba a su recién nacido. Tercero: estaba enfermísima de un mal terrible y la salud de este país le cerró las puertas de todos los hospitales. Cuarto: se queja de por qué se tiene que vestir de azul, si el azul es un color que le desagrada profundamente. Quinto: ¿por qué nosotros vamos sentados y ella de pie? Sexto: pide recompensa económica y moral por su buen comportamiento: no ha matado, mutilado, robado, asaltado o secuestrado a nadie incluso bajo la presión que ejercen sus precarias condiciones. Séptimo: cuenta que vivía en el campo donde fue feliz arrullada por el mugir de las vacas, y que cultivaba cien hectáreas. Octavo: decide confesar que no votó en las

elecciones presidenciales pero sí en las de la alcaldía. Noveno: confirma que ha dejado las drogas y que había comprado un carrito para vender dulces que unos drogadictos le robaron y le pisotearon y arañaron y rompieron con los dientes. Décimo y más importante: niega que la mancha amarilla que tiene en la nariz sea pegante industrial.

IV

Una mujer se sube al bus y comienza a pedir monedas. La detallo y... ¡qué piernas! Habría querido que Juana hubiera tenido esas piernas.

V

Quizá lleve veinte minutos en el bus. Presiento que debo bajarme pronto, que en algún lado algo me espera. Y, sin embargo, no puedo precisar nada. Todo termina siendo un preludio tranquilo e inacabado, un preludio hecho de preludios pequeños que se fuga al infinito. No sé cuál es el límite de cada uno. Es como una línea hecha de puntos. Una línea infinita. Nada nunca pasa aquí. Todo siempre es lo mismo, hecho de pequeños preludios sin distinción entre ellos.

Desigualdad de condiciones

El Bar de la Exclusión apareció justo después de que *El club de los suicidas* se viniera abajo.

Cuando entré me dieron un trago y me pasaron un formato breve que completé con



Nombre: Juana Después de Todo.

Subraye el tipo de exclusión a la que pertenece. Recuerde marcar sólo uno.

Exclusión primera: mujer.

Exclusión segunda: social.

Exclusión tercera: iluminados.

Otra exclusión: _____

El dueño del bar era un tipo duro que rondaba los sesenta años. Sus problemas para oír con nitidez debido a un problema cerebral de hacía cuatro décadas lo hacían acercarse disimuladamente a mi boca parlante. Yo veía su desespero, más por ser descubierto que por entender lo que le estaba diciendo. Sus ojos verdes se abrían en señal de guerra y sus arrugas se marcaban con firmeza por su piel. Tenía la cara redonda, el pelo blanco, corto y abundante, y usaba un par de gafas que le hacían los ojos inmensos. Era también barrigón, y traía siempre puesto un abrigo gris. Había algo en él que me daba la impresión de sabio empírico, de experimentador, de inventor, de artista.

El día de mi iniciación dos hombres me llevaron hasta la puerta de la Exclusión Primera. Era una puerta ancha de color pastel y en la parte superior se leía en letras doradas y

cursivas: “EP”. Todas las mujeres allí dentro vestían de rojo ese día y usaban pelucas rubias y con rizos, lo que les daba un aire infantil. Estaban sentadas en sillas grandes con las piernas cruzadas, con la punta del zapato que estaba en el aire dando hacia el piso. Reían suavemente, y al principio me dio la impresión de que murmuraban en un lenguaje extraño. Se agruparon alrededor de mí y sentenciaron: vamos a hablar de cosas de mujeres. La gama de temas era bastante reducida, casi tanto como el lenguaje que se usaba para expresarla. Ese día me instruyeron sobre cómo hablar y cuáles eran las palabras prohibidas y las palabras que daban status. Sí, las palabras tenían y daban status. Entre las palabras con mayor puntaje estaban: *mujeres, silencio, crimen, atropello, unidad*. Con el tiempo descubrí que usaban *crimen* y *atropello* como estribillo, como formas de terminar frases, como signos de puntuación y de exclamación: *somos mujeres, ¡eso es un crimen!, qué crimen, un atropello, un atropello, todo es unidad*. Oí tantas veces esas frases que hasta yo misma las alcancé a usar como única forma de comunicar mi constante descontento silencioso. Había unas que usaban *cállate*, un imperativo bien puntuado, pero no tanto como *silencio*. Y, finalmente, las palabras prohibidas, entre otras, eran: *deseo, muerte, soledad y mujer*, en singular. Pero no sólo había palabras prohibidas: tampoco podíamos hablar de los sueños que hubiéramos tenido.

Ese día me preguntaron que si quería té y que cómo se llamaba mi esposo. La pregunta del esposo era crucial porque ese salón estaba dividido en dos: las mujeres casadas se sentaban siempre al lado derecho, y las mujeres que aún no lo eran, incluso aquellas quienes tenían pareja por fuera del yugo, se sentaban al lado izquierdo. Entre ambos grupos casi no había interacción. Sin embargo, la división no era material: todo el salón parecía tener un único ambiente.

La Exclusión Primera era un lugar muy iluminado y excesivamente decorado. Había salas de té, cosedoras, mesas con manteles de flores y muchos y anchos espejos de techo a piso, separados por paredes que no superaban los treinta centímetros. Era la sección menos

concurrida de todas las cinco, pero eso lo supe después. Entre más me metía de lleno a excluir a los demás excluidos menos recordaba cuál era su exclusión y por qué yo había llegado ahí.

Me familiaricé lo suficiente con ese salón y sus espejos hasta el punto en que cada vez que me veía en el espejo de mi casa me daba la impresión de estar contemplando a alguien diferente de mí, de alguien sumergido en la soledad más abrumadora. Los espejos de la Exclusión Primera dispuestos estratégicamente permitían, entre tantas otras cosas, multiplicar una única y solitaria imagen. Justo en el momento en que uno entraba en el salón, la silueta propia se reflejaba en todos los espejos, y así uno sabía que estaba en cada una de las mesas, en cada una de las conversaciones y con cada una de las demás excluidas. Eso nos hacía sentir a gusto con nosotras mismas y nos vinculaba a una única unidad.

Un día Juana, *la loca* –como le comenzaron a decir las demás para diferenciarla de mí–, entró a formar parte de nuestra hermandad. También decidieron llamarle *la loca* desde que a ella se le dio por contarnos cómo funcionaban las otras hermandades del bar, desde que decidió hablar como se le vino en gana y desde que nunca supo contar ni sus propias palabras. Las mujeres de la derecha supimos entonces cómo funcionaban las otras exclusiones, aún sin quererlo. Las mujeres de la izquierda se enteraron unos meses después por accidente. En todo caso, todas intentamos olvidar lo que nos contaba Juana la loca porque parte de entrar al Bar de la exclusión era excluir limpiamente, sin recordar siquiera las exclusiones de los demás excluidos.

La casa empezó a consolidarse cuando el dueño del bar, Raz, invitó a Juan para que conociera las exclusiones, y éstas rápidamente se volvieron grandes atractivos para sus amigos. Raz, con el tiempo y con tanta concurrencia, amplió el lugar: le hizo un piso abajo, todavía misterioso, y un piso arriba, donde se guardaban las provisiones y que funcionaba también como oficina. Y después del corredor, sin puerta alguna, construyó el salón de La

casa. Ahí escuchaban todo tipo de música, sin excepción, y jugaban cartas y tomaban vino y té. La casa no era una hermandad de exclusión sino una familia exclusiva. Los amigos de Raz se volvieron administrativos o miembros honorarios. Sin embargo, esos cargos y esa membresía eran imaginados. En realidad Raz hacía las cuentas y Ricco los pedidos y no se necesitaba nada más para hacer que el Bar se mantuviera en marcha. El resto de ellos se dedicaba a beber, comer y reír a carcajadas estrepitosas. A veces me dieron la sensación de estar ahí por algo más, algo que los hacía unirse y reír y mirarnos como si fuéramos víctimas de algo que nos excedía por completo.

Lo que siempre fue cierto es que los que más trabajaban eran los de seguridad y los meseros de las exclusiones. Ellos eran también excluidos. En la Exclusión Primera había sólo mujeres meseras, con las cabezas agachadas, sucias casi por imposición, siempre en silencio, siempre buscando algo, siempre escapando de algo. Los de seguridad, por su parte, parecían venir de otros mundos, siempre hablando en un lenguaje extraño, siempre con esos gestos tan poco familiares, tan poco reconocibles en otras caras.

La fachada del bar era como la de una casa de familia. La puerta estaba siempre cerrada y para entrar había que tocar el timbre y mostrar un carné que permitía el ingreso. Entonces los de seguridad, a través del cristal, sonreían y abrían la puerta y nos llevaban directamente al salón que sentenciaba el carné. El carné era un pedazo de plástico blanco muy pulido con las letras de la exclusión. La mía era, claro, "EP", y tenía un código de barras debajo de las iniciales por si se les daba por verificar si el carné era falso. En el código de barras también guardaban información nuestra que casi nunca revisaban y que nunca compartían. Y a veces pedían el carné. Otras veces cerraban el bar y no le abrían a nadie. Cuando uno entraba los de seguridad no dejaban mirar mucho ni caminar despacio. Simplemente había que ir a donde uno pertenecía. Con el tiempo para cualquier excluido la puerta de entrada y el corredor se volvían insoportables, y lo único que disipaba la tensión era poder llegar hasta la puerta de la

exclusión a la que pertenecía. Con el tiempo fue evidente que ya en cuanto uno tocaba el timbre se volvía un excluido: los de seguridad sólo nos sonreían a las mujeres de la Exclusión Primera.

El salón de la Exclusión Segunda casi estaba en las sombras, pero eso me enteré por Juana la loca. La luz provenía de un único bombillo cálido y tenue que se reflejaba en los espejos de cada uno de los cubículos. Las paredes estaban separadas por pequeñas puertas de madera que formaban cubículos casi de oficina. En cada cubículo había un espejo, una silla sin espaldar y una mesita donde la gente ponía sus antebrazos y se inclinaba para detallarse. Sin embargo, todos los espejos estaban deformados, cada uno a su manera: había cóncavos, convexos, mezclas entre cóncavo y convexo, reflectores parabólicos... En el centro del salón había una mesa redonda y grande con sillas cómodas con espaldar, y arriba daba vueltas un ventilador. La idea era sentarse en la mesa redonda, hablar con los demás por unos minutos y luego irse a sentar en los cubículos el resto del tiempo en soledad. O a la inversa, sentarse en los cubículos y al final sentarse en la redonda.

La hermandad tercera estaba iluminada por luz blanca. Había repisas de libros en las paredes, pero sólo unos pocos ejemplares de diccionarios de sinónimos y antónimos y una enciclopedia del siglo XIX. Había, sobre todo, muchas mesas con sillas sin espaldar. Y muchas sillas en una barra larguísima. Encima de la barra colgaban lámparas al estilo Pub Inglés, servían cerveza en vasos gruesos y servían vino. En una esquina estaba el lugar para los que consumían opio o ácidos. Había también periódicos viejísimos abiertos en la segunda página y hojas marcadas únicamente por la firma de alguien pero sin nada escrito, y lápices regados por todas partes. Era el único salón que tenía ventana, pero esa ventana daba hacia una pared de concreto pulido.

La única vez que Juana la loca fue a husmear la Exclusión Tercera –nos contó– todos los excluidos estaban reunidos en torno a un tubo de pvc. Nos contaba, sin poder contener la

risa, que se preguntaban cosas como *¿es el espacio un tubo de una única dirección?* Y también: *si uniéramos este tubo con otro con un codo y formáramos una "L", ¿encontraríamos el significado del espacio, de lo que nos rodea, de lo que hay dentro de nosotros mismos, de nuestra unidad?* Pero ninguna de nosotras entendió el chiste: al fin de cuentas, ¿qué gracia podría tener una conversación filosófica?

Juana la loca comenzó a volverse de La casa porque fue amiga de un tipo que ostentaba la blancura de su piel como estandarte de buen gusto, y que respondía al nombre de Ricco. De hecho, Juana entró al bar de la exclusión gracias a él. Ricco tenía dos perras doberman que sacaba a pasear por un parque mientras fumaba marihuana. Y Juana salía a ese mismo parque a vendérsela. Así fue como Juana conoció el Bar de la exclusión. Ricco tenía un aspecto horrendo, como el de alguien que nunca se baña. Tenía el cabello crespo y era medio calvo: la raíz empezaba en la mitad del cráneo, mucho más arriba de la frente, y entonces los largos rizos que salían desde el cráneo y llegaban a la frente formaban vacíos ondulados y horrendos. Era de baja estatura, quizá un metro y cincuenta y tantos, y era barrigón. Tenía barba a medio cortar siempre, la nariz filuda como una zanahoria, y olía a lo que huele el plástico quemado.

El apartamento de Ricco era pequeñísimo, me enteré por Juana la loca. Para llegar a la puerta del apartamento había que cruzar un largo corredor blanco con muchas puertas blancas hasta llegar a la 228. A penas se abría la puerta se veía una jaula pequeña, donde las dos doberman pasaban la mayor parte de su vida. Difícilmente cabían agazapadas. Justo detrás de la jaula estaba un sofá negro grande, que ocupaba todo el espacio que había entre las paredes laterales, y para poder sentarse había que saltarlo primero. Después había una mesa de vidrio que Ricco usaba para tantear las drogas que le compraba a Juana la de la uniceja y que consumía o dividía para revender. Pegado a la mesa estaba un televisor grandísimo y después del televisor, la tercera pared. Pero yo no conozco la casa de Ricco. Así fue como me la

describió Juana. Paralela a la jaula estaba la cocina, también muy pequeña. Había frascos de morfina medicada a medio consumir, cucharas quemadas por el lado convexo y jeringas reutilizadas. No había comida en la cocina: Ricco comía en el bar.

Ricco le compraba marihuana a un obrero que después de almorzar se iba a leer el periódico en su transe. La morfina la conseguía en hospitales con una fórmula falsa. A Ricco le gustaban las drogas para relajarse, por eso en su dieta no faltaban ni la morfina ni la marihuana: no podía comer sin fumar marihuana ni dormir sin fumar tampoco –muy relajante–. Ricco entonces descubrió a Juana, que por las mañanas sacaba un dogo argentino a pasear por el parque mientras vendía drogas y le encargaban también libros viejos y extraños. El obrero se las compraba a ella. A Ricco le gustó Juana la loca desde la primera vez que la vio. Y es entendible: Juana la de las manos con fuerza era una mujer bella, siempre llena de sacos, siempre con los dedos llenos de anillos. Tenía una única ceja que decía que nunca se iba a depilar, y el pelo le llegaba hasta un poco más arriba del mentón. Con sus manos delgadas cogía las cosas con tanta fuerza que a veces daba la impresión de que iba a romperlas, como el día en que se hartó del té del Bar de la exclusión y, pidiendo cerveza, apretó el vaso de porcelana hasta quebrarlo.

Juana la de las manos fuertes empezó a frecuentar más La casa que la Exclusión primera. Cuando pasaba a saludarnos siempre lo hacía entre risas perturbadoras. Cuando las muchachas de la Exclusión Primera se empezaron a quejar de los comportamientos inusuales de Juana la loca nadie en La casa les prestó atención. Pero las voces comenzaron a subir de nivel, y pasaron por la segunda y la tercera exclusión. Los demás excluidos empezaron a decir que era *una falta de respeto para con la humanidad pensante y racional hija de la ilustración que una mujer se comportara como una maniática* y también que *la mujer no era un concepto, sino pura materia, por lo que era necesario relegarla a un lugar diferente de La casa*. Y hasta llegaron a sentenciar que *Juana la loca no tenía por qué saber nada de La casa*.

ni de cómo funcionaba el bar, sino que simplemente tenía estar por ahí, como los buitres o como las abejas.

Los de La casa se reunieron para debatir el caso. Todos abogaron porque Juana se volviera miembro de planta, a excepción de Ricco que la calumnió y estuvo a favor de las exclusiones. Todo eso quizás se debió a que Juana nunca estuvo interesada en Ricco, y a que él le adeudaba una gran suma de dinero que no quería pagarle bajo ninguna circunstancia. Pero Juana la de las manos fuertes ya sabía mucho sobre La casa y parecía tener un vínculo con esa organización exclusiva que Ricco jamás habría podido tener. Así que prefirieron desterrar a Ricco del bar e incluir a Juana la loca como miembro honorario.

Juana siguió con su venta matutina de droga por los parques. Ricco seguía también frecuentándolos y se enfurecía al darse cuenta de que Juana la loca no se interesó en él ni en su expulsión. Alguna vez intentó acercársele, encarar sus miedos, pero el dogo argentino asustó a sus perras que chillaron y echaron a correr y Ricco, aferrado al collar de sus dóberman, terminó por correr lejos también. Un día de otoño sin brisa, Ricco le pegó un tiro en la nuca a Juana que le salió por la garganta, le quitó la cabeza y se incrustó en la pared donde estaba la jaula de las doberman. O eso leí en el periódico. Pero lo que nunca supe fue por qué Juana llegó hasta la casa de Ricco, porque él no quiso contar nada. Ricco, desde que está en la cárcel, ya no habla.

Sin trama

Vuelvo a casa sin que se me haya quitado el sabor a plomo de la boca. Pareciera que estuviera escribiendo mis pasos. En frente mío está la puerta de madera mustia, cerrada con excesiva seguridad.

Se cocina algo en la casa. Huele a pescado. Entro y saludo a gritos desde las puertas. Mi madre ve televisión en silencio. Mira la pantalla con ojos distraídos y somnolientos: nunca termina un programa ni una película; siempre se duerme a la mitad. Presiento que las partes dramáticas del cine le molestan mucho y que por eso trata de dormirse antes de que comiencen y se despierta cerca del final, cuando todos son felices. A mí tampoco me gustan las partes dramáticas, incluso en películas en donde el final es claro desde el comienzo. Si tengo oportunidad adelanto la película. Si voy a cine me tapo los ojos y las orejas o me aferro a las sillas de la sala con fuerza, casi dejando mis uñas estampadas en los fríos descansabrazos.

Voy al baño, me paro frente al espejo y me revuelco el pelo. Busco en mi cara acné juvenil. Huele a pescado. Me imagino unas aletas que navegan sin cuerpo y desorientadas por un río, golpeándose con las piedras, siguiendo la corriente que cada vez se hace más fuerte hasta que bum, llegan al mar. En el mar ya no hay corriente. Las aletas se vuelven casi inmóviles. La luz de la tarde hace de la superficie de agua un cristal tranquilo. Las aletas están estancadas igual que la luz sobre el agua.

Mi madre me llama desde el sofá. Me extraña tanto que aún somnolienta pueda recordar mi nombre. Me dice Juana, Juana, Juana. Está desesperada y triste. Yo tengo mucha rabia por dentro. Hay un libro sobre mi mesa de noche... “Antes de que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia”.

Mi madre sigue gritando, pero sé que no es a mí a quien busca. Pablo ya no está. Después de verlo desangrarse ya no sé si alguna vez estuvo. Pablo ya no está. Pablo ya no

está. Cojo el libro y lo tiro por la ventana para que se extinga también. Pablo ya no está. Mi madre sigue soñando con una película sin trama.

El Marino

Cabalgaba por una noche de los inmundos primeros días de septiembre. Oía el chasquido de mis pies que rebotaban sobre el asfalto. Pensé en que siempre confundía el significado de la palabra “loable” y lo asociaba con posibilidad y no con alabanza. Eso es loable. La alabanza es una posibilidad y de ahí provenía mi confusión. Recuerdo que aprendí su significado sin confundirme cuando vi la palabra insertada justo en el lugar en que cortaba todo el ritmo del texto. Era la publicidad de una lavandería. Es que es loable que se pierda el ritmo, aún más loable que mantenerlo infinitamente.

“El sueño de la razón produce monstruos”, dice una pintura donde un a hombre, dormido y recostado en una tabla, se le sentencia. Pero los monstruos de su razón son diferentes de los míos.

El escenario representa un bosque de niebla, lo suficientemente frío como para quebrar huesos y entumecer músculos. Siento frío y angustia en las mismas proporciones. Hay caballos negros y marrones que cabalgan sin norte. Hay tanta niebla que sólo se les ven las caras. Sé que tienen patas porque con ellas empujan la niebla y porque sus cascos crujen sobre el follaje, aunque no alcanzo a verlas. Los árboles altísimos, cuyas ramas casi tocan el límite del sueño, están distribuidos en aparente caos. Esa distribución aparentemente caótica,

sin embargo, divide el escenario en pequeñas celdas, por lo que los recorridos posibles son limitados y están de antemano predispuestos. Los tallos de los árboles son delgados. Puedo contar sólo tres variaciones de ellos. El resto es pura repetición de un mismo modelo. Los caballos son los únicos que, siendo tan parecidos, se mueven de formas extrañas y diversas de difícil clasificación.

Conozco los límites del sueño: después de la neblina sólo hay oscuridad. La neblina brilla bajo la luna y es la fuente de luz que me permite distinguir el escenario de la oscuridad. No obstante, la neblina no me deja ver ni las patas ni los cuerpos de los caballos. Camino mucho y en círculos, como si tuviera una pierna sensiblemente más larga que la otra. El escenario es lo suficientemente pequeño como para no poder caminar de otra manera. Veo sólo la mitad de mi cuerpo. Levanto las manos sin alejarlas mucho de la niebla para alcanzar a detallarlas: están blanquísimas, y duras como hielo. Los caballos, que cabalgan como si estuvieran huyendo o como si fueran libres, desaparecen de las paredes oscuras del sueño y vuelven al escenario del que no puedo escapar.

Sé que alguien me asecha. Tendría que huir del escenario para escapar de mi cazador, pero me lo imposibilita la oscuridad, que se yergue como pared rígida. Puedo alcanzarla, tocarla ligeramente antes de entumecerme, pero no puedo traspasarla. Mi cazador me ve desde el otro lado de la oscuridad, pero no puede entrar a mi oscuridad iluminada por la niebla. Sólo los caballos pueden traspasarlo todo.

Combustión espontánea

Tengo la escritura raída, como si después de mucho escribir tuviera que dar el último empujón verídico. Pero me tiembla la mano como me tiembla el pecho, porque estuve ahí y no pude hacer nada. Veo sus ojos todos los días. Los ojos que me odiaron y me pidieron ayuda y me odiaron aún más por no poder hacer nada. Estaba en perplejidad absoluta. Después de unos años he podido hablar con científicos e investigadores forenses y les dije lo que les tenía que decir: que se fueran al diablo.

No quería escribir sobre ese hecho hasta hoy. Escribir sería ser culpable, testigo, testigo culpable. La imagen culpa; la escritura hace culpable. No basta sólo con que en las noches recuerde sus ojos humeantes, llenos de agua, perdiendo el color claro para ensombrecerse con las llamas. Pero es que a él lo extraño y por eso escribo. Escribo para no extrañarlo más, para dejarlo ir en una tempestad interminable. Y estoy también preparado para salir, para quitarme sus ojos de encima.

Mi amigo el científico había estado trabajando en un nuevo proyecto que guardaba celosamente en una habitación de su casa. Lo único que lo acompañaba era el perro negro que se sentaba siempre a su diestra. Tenía un socio con el que estaba haciendo negocios pero, sin razón aparente, desapareció.

Esa vez me invitó a su casa para que yo pudiera escribir sobre su nuevo proyecto y comentarlo en la estación de radio en la que trabajaba; quería que yo fuera el primero en ver su descubrimiento y el primero en reportarlo. Esa noche, él tenía el aspecto de alguien que ha alcanzado plena tranquilidad.

Nos dirigimos a una habitación semioscura. En el centro había una cámara de vidrio. Entró allí y me comenzó a contar de qué se trataba todo. La cámara simulaba la gravedad y la sequedad de un espacio exterior cercano a la tierra. Comenzó a flotar. Me contaba que había descubierto una especie de transportador que lo haría llegar a otras dimensiones y a adquirir otras formas materiales y energéticas nunca antes vistas por el ojo humano. No sé qué fue lo

que falló, pero de su cuerpo emergió, en un momento de menor duración aún que un instante, un haz de luz pequeñísimo y potente. En un tiempo también breve, se comenzó a quemar. Las llamas, en dos direcciones, subían unas hacia su cráneo y otras bajaban hacia sus pies.

De su cuerpo quedó su cráneo y su pie izquierdo, ambos pequeños y más delgados que una hoja de papel. Ni la cámara ni la habitación sufrieron daños importantes, sin embargo. Y a mí. La explosión traspasó mis ojos, los endureció y los estalló. Los científicos llegaron a conjeturar que quizás él había creado una especie de microagujero negro, tan denso y a la vez tan insignificante que produjo una explosión de rayos gamma a escala aún más insignificante. Yo de eso no estoy muy seguro. ¿Por qué desaparecería el microagujero después de haber consumido a Pablo? ¿Por qué quemó su cuerpo en vez de desintegrarlo? Pero allá ellos con sus teorías.

Mientras Pablo se quemaba con rapidez, sentí cómo una fuerza extraña me atraía hacia él y me hacía amarlo. Lo amaba todavía más en cuanto más se quemaba, porque mi atracción hacia él era directamente proporcional a su grado de inexistencia. No era amor, sin embargo, pero ese descubrimiento fue posterior a los hechos, cuando tuve mucho por pensar porque no tenía nada que ver. No era ni siquiera un sentimiento, era atracción pura. Esa fuerza me empujaba hacia el amor, pero no era el amor el que emitía la fuerza: era Pablo, en su remota y efímera existencia; era Pablo sin palabras y sin materia.

Los ojos de Pablo me miraban quemándose mientras yo sostenía en los suyos mi mirada a punto de estallar.

Juana, mi esposa, escribe por mí. Le he pedido que me lea varias veces lo que le he dictado, pero no puedo estar seguro de si lo que estoy diciendo quedará impreso en algún lugar, si lo que me lee es lo que está escribiendo o, aún peor, no sé si lo que dice que le dicté fue lo que le pedí que escribiera.

Animales que matan

Decidí matarlo con animales. En la naturaleza hay tanto veneno, hay bacterias tan contaminantes, hay tantos colmillos, hay tanta fuerza destructiva. Juana, mi esposa, se había hecho amiga de un traficante en un bar. Ricco, de un tiempo para acá y después de salir inocente de un asesinato del que se le acusaba, comenzó a traficar con cualquier cosa. A Juana le regaló el cuerno de un rinoceronte blanco y una especie de marihuana negra y pegajosa traída de Pakistán.

Aprendí los horarios de Pablo como si de esa labor dependiera mi vida. Los observé lo suficiente como para saber cuántas veces se desvelaba a la semana, cuántas veces posponía la alarma para levantarse, cuántos minutos duraba cepillándose los dientes. Esquematicé su existencia en una gráfica. Junto a ella cargaba también unos planos de su casa, ambos dentro de un sobre que guardaba celosamente. Jamás me acerqué a Pablo, sin embargo: él me producía una repulsión instintiva. La máxima distancia a la que me le podía la delimitaba la calle: en la acera opuesta a su casa me sentía libre y cómodo. En esa acera estaba la cafetería *Van der Waals*, donde me sentaba a hacer mi investigación, siempre en el segundo piso, siempre en la misma silla. Con el paso del tiempo vigilé a Pablo sólo por las noches, cuando en la oscuridad prendía las luces de su casa y deambulaba por su rutina como ratón enjaulado. A partir de los movimientos de su sombra, que con el tiempo se me hicieron tan familiares como atrayentes, pude entender cada costumbre suya. Y me sentí, entonces, preparado.

No podía elegir un animal asociado con la muerte, como las serpientes o los escorpiones. Tampoco podía dejarle la carga a un animal grande, como un león o un elefante. ¿Qué haría un león o un elefante en la ciudad? Tampoco podía traer muchos especímenes

porque podría desencadenar una plaga. Pensé y decidí. Entonces contacté a Ricco. Unos días después de la llamada me llegó a la casa, en una caja de madera horadada, una caja de vidrio con agujeros pequeños donde estaba un *pitohui dichrous*, un ave de Nueva Guinea. Sobre la caja de vidrio había una nota en donde se leía: “sírrete bien de él”. Ricco era un animal estúpido pero eficiente, sobre todo con sus propósitos. La nota me entumeció los nervios, porque aquella amabilidad aparente que emergía de un traficante con seguridad tendría repercusiones negativas en mí: nada bueno podía jamás surgir de Ricco.

Detallé al pájaro toda la madrugada. Mi mirada clavada en él lo angustiaba y lo hacía batir las alas. Cada vez me convencía más de que ese era el espécimen que necesitaba. A las nueve de la mañana me metí en la casa de Pablo por la ventana trasera que deja abierta después de desayunar y que cierra cuando vuelve antes de servirse la cena. Entré la caja de vidrio y la abrí, para que el pitohuí revoloteara angustiadamente por la casa. Salí y cerré la ventana con violencia. El pájaro se angustió más.

A las cinco de la tarde me senté en el segundo piso de *Van der Waals* a esperar a que Pablo llegara a su casa.

Pablo llegó sonriente. Al ver el extraño y colorido espécimen que habitaba en su casa quiso agarrarlo. El pequeño pico del ave no parecía poder hacer ningún daño, el color rojo ladrillo de su pecho en contraste con lo negrísimo de su pico y de su capucha lo seducía. Tenerle miedo a un pitohuí sin saber que sus plumas, sus patas y hasta sus músculos están impregnados de homobatracotoxina es como tenerle miedo a un copetón. Vi la sombra de Pablo persiguiendo al animal por toda la casa. Ya cuando el ave parecía cansada él la pudo agarrar con las manos para luego abrir la ventana y soltarla dejándola en libertad. Unos larguísimos minutos más tarde vi salir a Pablo apoyado en los hombros de dos médicos. Afuera lo esperaba una ambulancia. Él tosía y tosía, tenía los ojos rojísimos y aguados, y las manos y los brazos le temblaban.

Un ave brillante revoloteaba asustadamente en mi casa. Su vuelo era errático, pero su canto no podía ser más hermoso, aún cuando era angustiado. Tras haberlo perseguido por un largo rato al fin pude cogerlo. Lo sostuve y lo detallé: la aureola marrón en sus ojos negros, el plumaje suave y rojo del pecho, las patas levemente peludas y su pico negro. Fue muy breve el tiempo en que lo tuve entre las manos. Rápidamente me acerqué a la ventana para dejarlo volar libremente a través las corrientes del viento. No pasó mucho cuando empecé a toser. La nariz se reseco y se me hizo doloroso respirar. Las manos y los brazos se me empezaron a dormir. Los sacudía y parecía no tener control sobre ellos, y sin tener otro remedio llamé una ambulancia. Ya en el hospital, los médicos se asombraron de que mi envenenamiento proviniera del plumaje de una exótica ave africana.

Después de un tiempo volví a ver a Pablo en su odiosa rutina, más sonriente y con más salud que antes. Me las ingenié de nuevo para ponerle fin a su vida, y volví a llamar a Ricco. Le pregunté por una *loxocoles laeta*, una araña suramericana, la más pequeña que pudiera conseguir, que no tardó en llegar a mi casa en una caja de madera horadada dentro de una caja de vidrio con agujeros pequeños. Sobre el vidrio había una nota y se leía “más poderosa que el ácido sulfúrico”. Esperé unos días, entré en la casa de Pablo y liberé la araña esperando a que por la noche picara a Pablo y él entrara en shock anafiláctico. Esperé y nada cambiaba. Pasaron los días y con sus noches y Pablo seguía moviéndose en la sombra que proyectaba en la ventana.

Después del incidente del pájaro, encontré una araña en el suelo al lado de mi cama. Era tan pequeña que casi no la logro ver; no superaba los dos centímetros. No se movía; estaba muerta.

Llamé a Ricco enfurecido. La araña había muerto o escapado de la casa. Necesitaba un espécimen llamativo como el pitohuí, pero más venenoso. Al hablar con él le pregunté por un animal mortífero, que con sólo tocarlo le produjera la muerte. Me recomendó, entonces, un pulpo de aros azules y una medusa. Deseché su promesa diciéndole que nada acuático me serviría y le colgué. Después de unos días llegó a mi casa una *phyllobates terribilis* del Amazonas colombiano. En la caja de vidrio también venía una nota: “si no muere con esto, es un Dios”. Y me ilusioné, me ilusioné vanamente. La rana era pequeña y bien formada y casi sentí que sus ojos me llamaban a acariciarla. Ese sentimiento me produjo aún más ilusión: Pablo no podría resistirse ante la belleza de este anfibio. Aún si sólo la rozaba moriría. Entonces entré de nuevo en su casa y se dejó allí libre. Después de un tiempo Pablo seguía rondando por la casa. ¡No había muerto!

El periódico informó que uno de mis vecinos había muerto porque una rana venenosa le saltó encima. Yo había visto desde mi ventana cómo él salía cubierto por una manta negra, muy pegada al cuerpo. Su familia lloraba y los paramédicos usaban guantes y trajes de protección. Su familia se mudó rápidamente de la casa. Comencé a preocuparme por los animales que últimamente habían estado husmeando mi casa y pensé que quizá tenía un alimento descompuesto o un nido de algún animal que los llamaba. Compré un fumigador y la rocié toda.

La rana había simplemente saltado hasta alejarse de la casa de Pablo. Otra fue su víctima. Pensé en las palabras de Ricco, ¿y si fuera un Dios? No pude hacer otra cosa. Estaba cansado de pagar por animales extraños. Decidí, mejor, preguntarle a Ricco por un arma. El arma también llegó a la casa y, como para no perder la costumbre, venía en una caja de cristal

que a su vez estaba dentro de una caja de madera. Sobre la caja había una nota “pruébame que no es un Dios”. Así que esa misma tarde, y ya en un desespero desenfrenado, irrumpí en su casa y le pegué un tiro que le atravesó la cabeza. Pablo cayó muerto al instante. Desde la cárcel llamé a Ricco y le dije “los dioses han muerto”.

Reflexión

Cerré la puerta detrás de mí. Los asistentes al funeral tenían las cabezas agachadas. El claroscuro que brindaba la única luz dejaba ver sus frentes, hasta las aristas de sus cejas, iluminadas lo suficiente como dilucidar con facilidad las imperfecciones de su piel y las gotas de sudor amarillento que por ésta se tambaleaban. Sus murmullos eran confusos y agudos y asfixiantes hasta el punto en que los sentí clavarse en mis oídos. Respiraban a gritos. Un aire viscoso y verde abarcaba todo el espacio y cada movimiento efectuado era un esfuerzo por empujarlo. El haz de luz dejaba ver las ondas estáticas del aire lleno de polvo. La luz del techo llegaba directamente hasta el ataúd y saltaba de la madera a las paredes y a las caras de los asistentes. *Es pura reflexión*, pensé.

Llegué hasta el centro del salón para mirar de cerca el cuerpo. Vestía de negro y producía sombra. La luz me irradiaba a mi también, pero yo no producía sombra ninguna.

Empezaba a oler a muerte desbocada.

Al fin me senté cómodamente sin saludar a nadie. Me dije "voy a esperar al muerto".

No pasó mucho hasta que él entró, erguido, lento y brillante, sacudiéndose a cada paso el aire y la respiración intoxicada de los invitados. Me sonrió con sus dientes nuevos, llenos

de metástasis. Llevaba encima un abrigo oscuro y grande, roído por la tempestad. Me reconoció enseguida fijando las cuencas de sus ojos en mí. Se acercó a pasos lentos y firmes, como si acabara de conseguir una gran victoria.

Al igual que la vida, la muerte es una amalgama de procesos en espiral inacabados.

Sus labios se mueven lentamente, como si se los acabaran de poner. *¿Vamos?*, exclamó.

Sus ojos asustados me miran tiernamente. Entenderá después que la infinitud de su figura terminará por llevarse sus recuerdos y que su comportamiento será simplemente un automatismo propio de la muerte y de la vida.

Y empezará a hablar como hablan los muertos.

Nos levantamos, más pesados que nunca, expulsando aire hacia la pequeña puerta. Ya en el umbral se voltea, mira a sus invitados y detalla el ataúd. *Es pura reflexión*, dice. Yo asiento. Salimos, nos sacudimos el polvo, la respiración de los otros, el aire amarillento que empieza a quedar atrás y que como recorriendo un embudo sale dificultosamente por la puerta. Es un día de sol. Él se ve magnífico.

Un buen día para tomar café

Cerraron la estación de radio en la que trabajaba. He vagado por toda la ciudad desde que mi jefe me despidió. Él había sido siempre un buen jefe, risueño casi hasta el hastío. Hace dos horas me dijo simplemente que ya no era necesario que volviera y me agradeció por mi trabajo pidiéndome a la vez que por favor dejara las instalaciones. Salí y me paré en la otra acera. Yo también sentí nostalgia.

Al cabo de un rato vi a Alf sacando sus cosas de la estación. Tenía la cara caída, los hombros hacia adelante y los pies hacia el frente como si estuviera pateando piedras. Se dio cuenta de mi presencia y me lanzó una mirada tan penetrante que decidí comenzar mi marcha. Por inercia llegué hasta una tienda. Entré y pedí un café caliente con whisky.

–No, aquí no vendemos café con whisky. Sólo café americano, expresso, frapuccino, capuccino, moccacino... – La joven vendedora me miraba impasible. Le pregunté si me vendían un expreso en un vaso grande, como el de un americano – permítame un momento y verifico.

Fue a preguntarle a una vieja gorda, que no tenía camiseta de la franquicia sino una de rayas que la hacía ver aún más gorda.

–No, tenemos los vasos y las porciones contadas– le respondí craqueando los dientes–
¿quiere acompañar su orden con algún producto de la pastelería?

Negué con la cabeza.

–¿Está completo su pedido?

–Sí– No pasaron dos segundos cuando oí, en boca de un joven que parecía tener gripe:
¿quiere acompañar su orden con algún producto de la pastelería?, ¿está completo su pedido?

Me senté junto a la ventana y eché el expreso doble en el vaso del americano. En frente mío había un hombre joven que miraba su computadora. Arriba de él había un aviso en donde se leía “Wifi gratis”.

Me dediqué a pensar en qué sería de la vida de las hijas de Alf. Alf había trabajado casi tanto tiempo en la estación de radio como yo y en eso construimos una buena amistad. A diferencia de mí él tenía familia, las orejas más grandes y era algo más joven. A su hija mayor le gustaban los gorros que le tapaban las orejas. Fue a la estación de radio un par de veces y ahí noté que su forma de hablar era lenta y confusa. Para su edad era alta y delgada, casi

como un lápiz. Sonreía mucho. Era la que más sonreía de las tres hijas, aunque sonreía absurdamente. A la mayoría de las preguntas que le hacíamos respondía con monosílabos y una sonrisa. No podría decir si sonreía porque no nos entendía o porque no le importaba lo que decíamos. Creo, mejor, que era porque hubo veces en las que no había nada por decir. Juana era rubia, de pelo larguísimo que caía más abajo de los hombros y tenía los ojos grandes y claros, sencillos y vanos. Pedía aromáticas que nunca terminaba y alguna vez supe que se preparaba para estudiar ingeniería en una universidad extranjera.

Juliana era la segunda hija de Alf. En todos mis años de trabajo la vi dos o tres veces. Era blanca, igual que sus hermanas, pero tenía el cabello negro. Me daba la sensación de que su cabello natural era rubio también, como el de Juana y el de Paulina, pero que ella había decidido tinturárselo. Tenía un arete en la nuca y las veces que la vi estaba siempre en el carro esperando a Alf con indiscriminada impaciencia.

Paulina era la menor y la que más visitaba la estación de radio. Paulina tenía un nombre horrendo, como para pisar arañas. Nos miraba, a todos sin excepción, con hipocresía. Era poco motriz, por lo que cada vez que Martica le traía aromática y jugos exóticos, se los regaba por los vestidos destellantes que siempre usaba, y a penas el líquido caía sobre su regazo nos miraba a todos con odio y vergüenza. Hablaba más que las otras dos hijas de Alf y contaba historias sólo para hacernos sentir ignorantes.

Me pregunté, sin poderme dar respuesta, qué se pondría a hacer Alf. A sus años ya no conseguiría empleo, mucho menos porque sus conocimientos los había adquirido a través de la experiencia y desde las manos. Y las manos de un viejo no soportan el peso del concreto, ni la rapidez del teclado, ni la precisión de un jardinero. Alf tenía las manos callosas: casi podía cortarse sin sentir dolor alguno. Usaba gafas grandísimas para leer y para mirarse las líneas de las manos. Era un fanático de la quiromancia. Se miraba las manos con las gafas grandísimas preguntándose cosas moviendo los labios sin emitir sonido alguno, y contrastaba

las líneas de la mano derecha con las de la izquierda. Lo calloso de su piel hacía las líneas profundas, y parecería que le iban a llegar hasta la carne un día de estos. Pensé en que si lo que lo angustiaba cuando se miraba las manos era que algo en el mapa de su palma le predestinaba hacia el fracaso en la vejez.

Cómo iban a vivir todos, si el salario de Juana, la esposa de Alf, alcanzaba para la mitad de sus gastos o un poco más. Ya Juana no podría comprar más gorros que le taparan las orejas a su hija y quizás Juliana tendría que trabajar para pagarse la tintura del pelo. Paulina me importaba poco; muchas veces quise darle una patada para que saliera volando por la ventana y cayera duro en el piso. Alf estaba enceguecido por esa niña vampira. Yo me resistía a patearla, y lo máximo que llegué a hacer fue no oírla y sonreírle ampliamente, como para rimir con su maldad.

La esposa de Alf, Juana, había estado esperando un nuevo hijo desde hacía ya unos siete meses. Me enteré unos días antes de que cerrara la estación de radio que tenían pensado llamarle Juan, Raúl o Braulio.

Terminé el expreso americanizado. A la salida tiré los vasos en una caneca rebotada indiscriminadamente de papel y plástico.

El instigador

Me emocioné tanto con la idea de casarme con ella que antes siquiera de que cruzáramos una palabra me dediqué a planear nuestra vida juntos. Por las tardes, después de salir del trabajo, daba una vuelta por su barrio y miraba las ventanas de su casa desde la acera. Supuse que su madre casi nunca salía de allí y que dedicaba sus mañanas a arreglar la

casa. Ya en la tarde tejería un rato, tomaría una siesta y comenzaría a llamar a su esposo para apurarlo la venida. Me preguntaba si tenía el pelo tan grueso como el de ella.

El celador me miraba contrariado y alguna vez llamó a la policía. Ese día me llevaron preso las cuarenta y ocho horas correspondientes y luego, sin preguntarme nada, me dejaron libre. En la celda conjunta estaba un ladrón de bolsos que habían capturado infraganti y que salió libre en veinticuatro horas. Tenía tatuajes en el cuello y en una nalga. Según él, los tatuajes del cuello eran símbolos maoríes que le daban status a los guerreros de esas tribus. El de la nalga era un gato erizado. Se los había hecho un compañero de celda a mano limpia, una vez que lo encarcelaron porque había matado a una señora por robarle un collar que le colgaba en el gaznate. El ladrón de carteras duró varios meses en prisión, pero no los suficientes. En la celda me acompañó un par de horas un tal Byron, un jovencito vestido de rapero y con tatuajes maoríes también. Gritaba, se quejaba y aseguraba que no había hecho nada.

En la madrugada del segundo día llegó a la celda un muchacho joven y bien vestido que no podía parar de llorar. Olía a trago y vomitaba en el suelo. No pasó mucho tiempo cuando sus padres llegaron. Su madre preocupada lo acariciaba y lo abrazaba llorando y dando alaridos. El padre, más severo, lo miraba con rabia, pero lo abrazó también cerrando los ojos. Llegó después una prostituta travesti, con el maquillaje corrido y con medias de maya. Esa gritaba más que Byron, pero nunca lloró. La nariz a veces le sangraba. Le alcancé el pañuelo que iba darle a mi amada cuando la conociera finalmente. La prostituta comenzó a coquetearle al policía que bebía aguardiente, y follaron delante de nosotros; no duraron más de cinco minutos. La prostituta salió rápido. Mis ojos sobresaltados la miraron juzgándola. Se acercó a mí y susurró: igual tarde o temprano él lo hubiera hecho.

Fue entonces mi turno para quejarme: era muy poco espacio para tanta gente y olía todavía al vómito del joven conductor borracho, que salió cuando sus padres llegaron y

abogaron por él. El ladrón de bolsos me contó cómo en la cárcel el espacio era aún más pequeño, había más gente y los baños eran públicos y al aire libre. Me contó también que por eso no duró tanto allá y que su condena se cumplió en tan sólo ocho meses, no en los diez años decretados por el juez. Ya entrando el medio día, los policías me soltaron, amenazándome con que si me volvían a ver rondando el edificio me meterían completo a la cárcel, aunque no iban a quitarme el derecho de un juicio justo. Sin embargo, pasaron varios meses en los que yo seguí frecuentando la casa de mi amada y, aunque se aparecieron por esos lados dos o tres veces, nunca más me volvieron a llevar a la estación.

Alguna vez quise escribirle una carta para ella, y lo alcancé a hacer. Pero luego me di cuenta de que todavía no había planeado todo bien, de que me daría miedo conocer a sus padres sin haberme siquiera imaginado cómo eran. Así que la deseché.

Una mañana de domingo, mientras leía el periódico en la banca que daba justo en frente de su apartamento, vi salir a los cuatro en una camioneta vieja. A penas alcancé a figurarme sus caras a través del reflejo de los vidrios del auto. El padre parecía calvo. Me daba la impresión de que de un tiempo para acá sufría de disfunción eréctil. También supuse que le había sido infiel a su esposa y ella lo había perdonado, como para no empezar una nueva vida. La había conquistado llevándola a comer comida barata y grasienta, como pollo asado, y la había visitado de vez en cuando en su casa y había dormido en el piso de la sala.

Pasé muchos días sumergido en mi investigación antes de que me hubiera dado cuenta de que tenían un loro como mascota. Pensé que cuando viviéramos juntos tendríamos loros, perros, gatos y un ganso para que cuidara la casa. Nunca quise vivir en un apartamento; tendríamos una casa con jardín podado, y tendríamos cuatro hijos.

Así pasaron unos meses hasta que una vez Paulina bajó de su apartamento y se me acercó para enfrentarme.

—¿Por qué nos está espiando?

–Paulina es un nombre horrible, como para pisar arañas.

Y así, el amor la invadió de inmediato. Vivimos la vida como yo la había imaginado, sólo que en vez de tener un ganso para que cuidara la casa, tuvimos dos.

El buen estudiante

Los cuerpos hundidos en la masa de ropa se esforzaban por contener agua.

La profesora, ya entrada en años y algo desgastada de nacimiento, exponía con habilidad el mito del eterno retorno de Nietzsche. Había en sus ojos algo alegremente cansado, trémulo e iracundo. Pobre mujer.

Hacía muchas preguntas, ¿me entienden?

El buen estudiante estaba contento. Contestaba las afirmaciones de su profesora con un sí, claro, y repetía exactamente lo que ella había dicho.

El buen estudiante sonreía, como esgrimiendo una mala percepción.

Sobre el nivel del mar

Allá te vuelves cristalino,

Ojos aguados.

Allá veo tus branquias que aletean

Ciñéndose al quejido ahogado de la roca

Desgastada por la corriente del agua.

Se trata de constancia:

Allá la roca se desgasta.

Tu movimiento espiral,

Que bordea el desgaste de la roca,

Produce ondas quebradas y expansivas

Que llegan a la superficie del mar.

Desde aquí te veo en varios niveles,

Unidad fragmentaria.

Lo débil de tu espina empuja la profundidad del agua.